



Por Rodolfo Bianciotti

Lo que es de todos

En los artículos anteriores, a lo largo del presente año, hemos celebrado la vida en sus diferentes manifestaciones.

Hoy nos detendremos en el respeto a lo «público», a lo que es de todos, que es también una forma de honrar la vida.

Dentro de lo «público» hay numerosas manifestaciones. «Público» es un parque con sus árboles, una plaza con sus flores y monumentos, la calle, un semáforo, los medios de transporte y muchas cosas más.

Qué pena da cuando en la plaza nos encontramos con un cantero pisoteado o un árbol desgajado no por el viento sino por la mano de un vándalo. O un monumento pintado con aerosol; y no sólo los monumentos sino, también, los frentes de residencias particulares u oficiales... En algunos países han intentado, con más o menos éxito, disminuir estas agresiones colocando estructuras fijas destinadas, precisamente, para quienes deseen expresarse escribiendo graffiti sin necesidad de hacerlo sobre monumentos y domicilios.

Por calles y parques

La vía pública —su nombre lo dice— pertenece a todos los ciudadanos. Por lo tanto, es un compromiso de todos el mantenerla limpia y ordenada. Es una buena costumbre tirar los papeles en los cestos para residuos y, si no los hay, debo preguntarme ¿con qué derecho voy a tirar al piso el papel del caramelo que estoy comiendo?

Muchas de nuestras ciudades poseen hermosos parques que invitan a pasar una tarde agradable con la familia o con los amigos y realmente todos lo podemos disfrutar, pero es bastante frecuente encontrar, llegada la tardecita, papeles y botellas de plástico esparcidas por doquier. Convengamos que es un espectáculo desagradable e innecesario.

¿Y nuestras mascotas? Son simpáticas y una buena compañía. Y aquí no me refiero a los perros vagabundos porque no saben lo que hacen, sino a quienes sacan a pasear a sus perros y permiten que sus animalitos hagan sus necesidades en las veredas ajenas...

Entre ruidos y smog

Pero no sólo lo material y tangible es público; también lo es el aire que debería ser puro, dentro de lo que puede aceptarse como tolerable para una ciudad; no obstante, es cierto que los escapes de los coches, de los colectivos y de los camiones no siempre nos permiten ver la cualidad diáfana del aire.

¿Y qué decir de los ruidos? Dejemos de lado el ruido natural de los coches. Pensemos en la música estridente de altavoces, de los equipos de audio no sólo de algunos automóviles sino, también, de los vecinos de casa. Yo creo que, quizás sin mala intención, algunas personas suelen actuar según este criterio: «A mí me gusta esta música, por lo tanto, le tiene que gustar a todos...». Recuerdo que por una cirugía menor estuve una noche internado en una clínica y era muy molesta la música proveniente de un gimnasio que estaba a la vuelta de la esquina. El sentido común dice que cerca de un hospital o de un asilo de ancianos o de una escuela debería mantenerse un clima tranquilo, más o menos silencioso, pero no siempre es así.

Permítan que comparta otro recuerdo personal. Durante los quince años en que fui formador en nuestro seminario, los domingos salíamos de paseo por las sierras y cada verano hacíamos un campamento, con carpas, a orillas del Embalse de Río III. Un lugar maravilloso y apacible.

Quizás sea una visión muy personal, pero en estas circunstancias uno desea un ambiente más bien sereno donde sólo se escuchan el golpeteo del agua contra la orilla, el viento y el canto de los pájaros, pero mi desazón y sorpresa parecían no tener límites: a orillas del lago o en el camping, cada grupo, cada familia, ponía «su» música a todo volumen e, incluso, algunos llegaban con sus televisores. Está bien, tienen derecho a seguir la telenovela de su preferencia, pero... ¿venir a un camping con todos los aparatos para seguir igual que en casa? En fin, uno debe respetar los diferentes gustos, pero también es cierto que todos debemos respetar a nuestros vecinos.

Desde la familia y la escuela

Las consideraciones que venimos haciendo pueden resultar un tanto negativas —y algunas lo son—, pero manifiestan la necesidad de una buena educación familiar, en primer lugar, y escolar, luego.

Si ya en el hogar los padres enseñan a sus hijos a no dejar tirados sus juguetes, a respetar el piso recién lavado o la siesta del hermanito, y que si viajan en coche no se deben tirar los papelitos por la ventanilla, van adquiriendo hábitos de una sana urbanidad y de respeto hacia los semejantes. Igualmente, si padres y familiares al volante respetan las señales de tránsito y si son corteses con los transeúntes distraídos.

También la escuela debería esmerarse en formar en el orden, la limpieza, la disciplina y el respeto.





También la paz

Una forma práctica que nos ayude a «respetar lo público» puede ser la de imaginar cómo habrá actuado la Virgen en Nazaret: cuando iba a la fuente a buscar agua o debía salir a hacer las compras; seguramente cuando lavaba los platos tarareaba alguna melodía aprendida en la Sinagoga, pero con qué suavidad lo habrá hecho para no despertar a José y al Niño Jesús. Y cómo actuaría hoy, María, en las situaciones actuales de nuestra vida un tanto ajetreada.

Pero demos un paso más para no quedarnos sólo en lo estrictamente doméstico. Su Santidad Benedicto XVI convocó el 27 de octubre a un encuentro por la paz, en Asís, siguiendo la providencial intuición del Beato Juan Pablo II. La paz es, también, un bien público. Y no sólo la paz entre las naciones, sino en nuestra familia, con nuestros vecinos, y la paz de nuestro propio corazón, que es lo más importante. ¿Por qué digo que es lo más importante? El Concilio Vaticano II lo expresa con claridad: *«Los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano»* (GS 10). Y entre esos «desequilibrios» están la guerra, la división, la persecución, la discriminación, el egoísmo, el individualismo y la falta de respeto hacia uno mismo y hacia los demás.

Cercanos ya a la Navidad celebremos a ese Dios que por amor nos mandó a su propio Hijo quien, para solidarizarse y respetar nuestra condición humana, se hizo hombre como nosotros, menos en el pecado. Pensemos que Jesús debió respetar, también, lo «público», su aldea, las tradiciones de su pueblo y el ritmo mismo de la humanidad a la cual venía a salvar, pero anunciando, con sus palabras y su vida, que otra realidad era posible. En definitiva, anunciaba la Buena Noticia.

Y, para terminar, ¡Feliz Navidad! para todos los lectores de Milicia Mariana. Feliz Navidad, porque del seno de María Inmaculada y por obra del Espíritu Santo, *«Hoy nos ha nacido un Salvador que es el Mesías, el Señor»* (Lc 2, 11). ○



Entregar la vida
a María
como
San Maximiliano Kolbe



Misioneras
de la Inmaculada Padre Kolbe
padrekolbe@coopenet.com.ar
villaballester@kolbemission.org
kolbecbba@yahoo.com
misiop-kolbe@cotas.com.bo



Misioneros de la
Inmaculada Padre Kolbe
São Bernardo do Campo (São Paulo) Brasil
missionarioskolbe@yahoo.com.br



www.kolbemission.org/ar